

en las grandes metrópolis. «[...] Para la generación plasmada por las grandes ciudades no significa solamente espacio existencial, lugar de habitación, mercado, sino que se puede convertir biológica y socialmente en lo que de más profundo puede representar para un hombre la escena donde se desarrolla su vida: la patria.»

Se podría hacer una historia paralela entre estas teorías y los barrios realizados en los últimos sesenta años. A veces, como en los casos alemanes (*Siedlungen*), italianos e ingleses, las traducciones son clarísimas; recordamos mucho nuestros barrios en los que parecía que se quisiera proponer de nuevo comunidades no urbanas, separadas, casi preservadas de la ciudad, vueltas sobre sí mismas y sobre el vecindario, y otros sucesivos en los que la imagen arquitectónica, fuertemente plástica, intentaba recargar con violencia los efectos urbanos; también las bajas densidades, después rechazadas, de las primeras *newtowns*; en fin, experimentos de nuevos complejos residenciales como las propuestas de Smithson, de Lasdun y los bloques de Sheffield.

Los arquitectos ingleses han vuelto a encontrar un motivo seguro en los modelos tipológicos residenciales cuando se han dado cuenta, como así afirman, de que la disgregación de los *slums* comportaba la paralela disgregación de comunidades que tradicionalmente vivían con un nivel de densidad elevado y que no estaban en disposición de volver a enraizarse automáticamente, sin sufrir cambios sustanciales, en el ambiente suburbano de baja densidad que les era asignado.

Smithson redescubre la concepción de la calle y en el proyecto del Golden Lane propone corredores de convivencia horizontales dispuestos en tres plantas, los cuales constituyen vías de acceso de peatones a cada una de las residencias.

Planteamientos de este tipo están expresados muy claramente en el complejo residencial de Sheffield, constituido por grandes cuerpos de fábrica y puesto en posición elevada sobre la ciudad a la que deberá estar estrechamente unido en los futuros trabajos de ampliación. Justamente sobre la génesis de esta obra hay testimonios precisos de su relación con teorías sociológicas; por ejemplo, sobre la necesidad de recuperar la calle como escenario de la comunidad. «[...] La calle es un escenario donde acaecen encuentros, charlas, juegos, litigios, envidias, galanteos y orgullo.»

Por otra parte, los grandes bloques de Sheffield reflejan originalmente la gran imagen lecorbuseriana de la *Unité d'habitation* de Marsella.

6. Los elementos primarios

Pero las áreas y las áreas-residencia en el sentido avanzado en las páginas precedentes no son suficientes para caracterizar la formación y la evolución de la ciudad; el concepto de área debe acompañarse del de un conjunto de elementos determinados que han funcionado como núcleos de agregación.

Estos elementos urbanos de naturaleza preeminente los hemos señalado como elementos primarios en cuanto participan de la evolución de la ciudad en el tiempo de manera permanente, identificándose a menudo con los hechos que constituyen la ciudad.

La unión de estos elementos (primarios) en las áreas en términos de localización y de construcción, de permanencias de plano y de permanencia de edificios, de hechos naturales o de hechos contruidos, constituye un conjunto que es la estructura física de la ciudad.

Definir los elementos primarios no es ni sencillo ni fácil; quizá sólo podré explicar a qué me refiero.

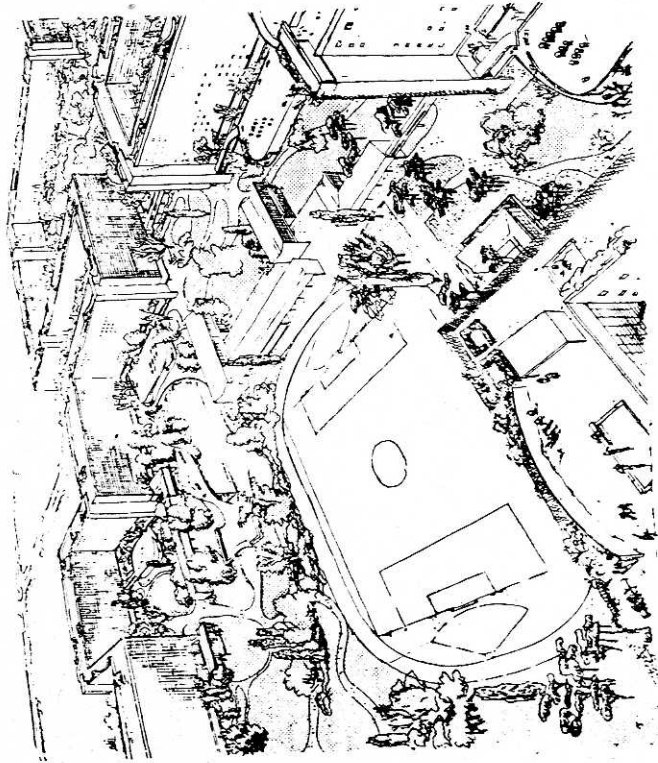
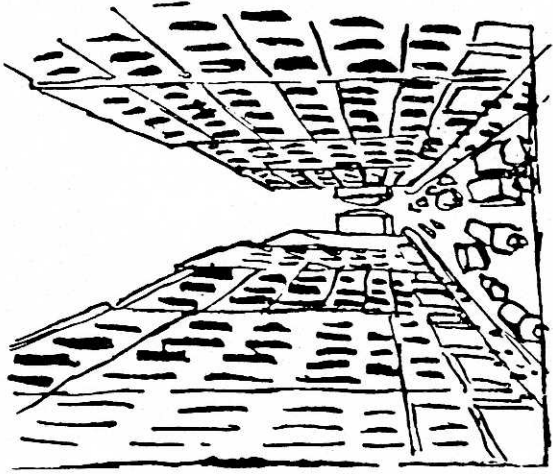
Si tomamos un estudio sobre la ciudad vemos que el conjunto urbano está subdividido según tres funciones principales que son: la residencia, las actividades fijas y la circulación.

Las actividades fijas (fixed activities, como son llamadas en la literatura norteamericana) comprenden almacenes, edificios públicos y comerciales, universidades, hospitales, escuelas, etc. Además, la literatura urbanística habla de equipamientos urbanos, estándares urbanísticos, servicios y también infraestructuras.

Algunos de estos términos son definidos y definibles, otros menos, pero es presumible que todo autor use estos términos dentro de cierto contexto y con suficiente claridad.

Entre todos estos términos, simplificando si se quiere, me valdré del término de actividad fija para afirmar que los elementos primarios comprenden también las actividades fijas; podría decir aún que la residencia es con respecto al área-residencia lo que las actividades fijas en relación con los elementos primarios.

He usado este término porque la noción de actividad fija es generalmente aceptada. Mas, aunque hablando de actividades fijas o de elementos primarios nos referimos —pero sólo en parte— a la misma cosa, los dos términos presuponen un modo de concebir la estructura urbana completamente diferente. Lo que hay de común se refiere al carácter público, colectivo de estos elementos;



Le Corbusier, la Ville Radieuse. 1. Boceto de la calle corredor. 2. Vista de los elementos a rediente, con las escuelas y parques en la zona central.

esta característica de cosa pública, hecha por la colectividad para la colectividad, es de naturaleza esencialmente urbana. Me parece que sobre este punto nunca se ha meditado bastante aunque poseamos notables contribuciones.

Se puede desarrollar cualquier reducción de la realidad urbana y se llegará siempre al aspecto colectivo; el aspecto colectivo parece constituir el origen y fin de la ciudad.

Por otra parte, la relación entre estos elementos primarios y las áreas-residencia corresponde, en sentido arquitectónico, a la distinción realizada por los sociólogos entre esfera pública y esfera privada como elementos característicos de la formación de la ciudad.

La definición hecha por Hans Paul Bahrdt en sus *Apuntes de sociología urbana* puede ilustrar mejor el significado de los elementos primarios: «[...] Nuestra tesis dice así: una ciudad es un sistema en el cual toda la vida, por lo tanto también la cotidiana, muestra la tendencia a polarizarse, a desarrollarse, pues, en los términos de agregado social público o privado. Se desarrollan una esfera pública y una privada que están en estrecha relación sin que la polarización quede perdida. Los sectores de la vida, que no pueden ser caracterizados ni como «públicos» ni como «privados», pierden en cambio significado. Cuanto más fuertemente se ejerce la polarización y cuanto más estrecha es la relación de intercambio entre la esfera pública y la privada, tanto más «urbana», desde el punto de vista de la sociología, es la vida de un agregado. En caso contrario, un agregado desarrollará en menor medida el carácter de ciudad».¹²

Consideremos ahora los elementos primarios en su aspecto espacial, independientemente de su función; se identifican con su presencia en la ciudad. Poseen un valor *in se*, pero también un valor de posición.

En este sentido un edificio histórico puede ser entendido como un hecho urbano primario; éste resulta desligado de su función originaria, o presenta en el tiempo más funciones, en el sentido del uso a que es destinado, mientras no modifica su cualidad de hecho urbano generador de una forma de la ciudad. En este sentido los ejemplos de monumentos sobre los que nos hemos detenido en las páginas precedentes son indicativos porque los monumentos son siempre elementos primarios.

Pero los elementos primarios no son sólo monumentos, como no son sólo actividades fijas; en sentido general, son los elementos capaces de acelerar el proceso de urbanización de una ciudad y, refiriéndolos a un territorio más vasto, son los que caracterizan

los procesos de transformación espacial del territorio. Actúan a menudo como catalizadores.

Originariamente su presencia puede identificarse sólo con una función (y en este caso coincide con las actividades fijas), pero pronto se elevan a un valor más significativo.

Más no siempre son hechos físicos, construidos, destacables; podemos considerar, por ejemplo, el lugar de un acontecimiento que por su importancia ha dado origen a transformaciones espaciales. Me ocuparé más adelante de este problema al enfrentarme con el tema del *locus*.

Estos elementos tienen, pues, un papel efectivamente primario en la dinámica de la ciudad. Mediante ellos, y en el orden en que están dispuestos, el hecho urbano presenta una cualidad específica que viene dada principalmente por su persistencia en un lugar, por desarrollar una acción precisa, por su individualidad. La arquitectura es el momento último de este proceso y es también lo destacable de la compleja estructura urbana.

Así, el hecho urbano y su arquitectura, que son una sola cosa, constituyen una obra de arte. «Pero lo mismo es decir bella ciudad que buena arquitectura», porque en esta última se concreta la intencionalidad estética de los hechos urbanos.

Y el análisis de lo concreto de esta estructura sólo puede ser llevado a cabo sobre cada uno de los hechos urbanos.

Será útil avanzar aquí dos ejemplos relativos a estas cuestiones tomados de la historia de la urbanística; o que constituyen la tentativa de una comprensión verificable con base histórica de los hechos urbanos.

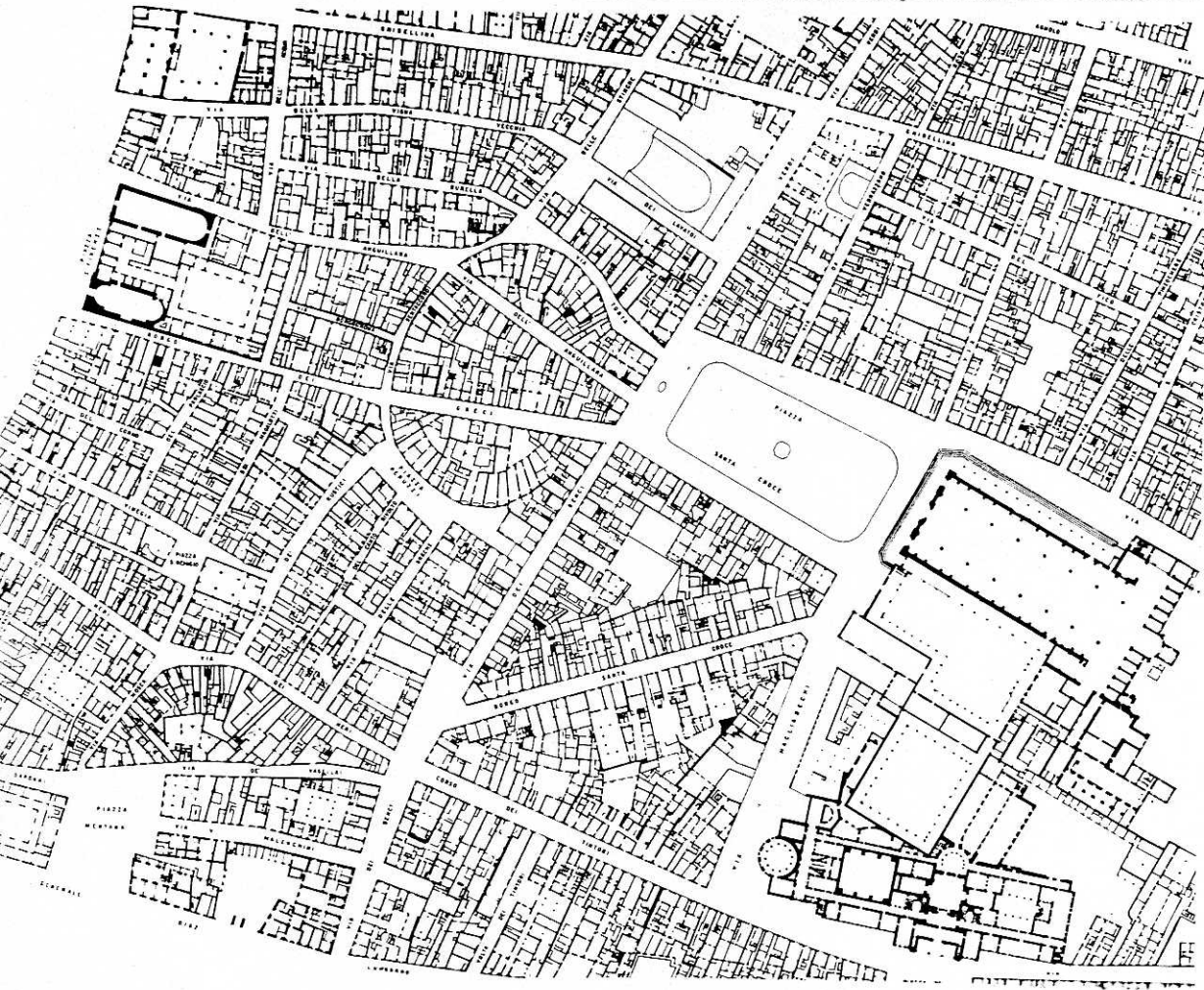
7. Tensión de los elementos urbanos

Las ciudades romanas o galorromanas de Occidente crecen mediante la continua tensión de estos elementos primarios. Esta tensión la podemos hallar aún hoy en su forma.

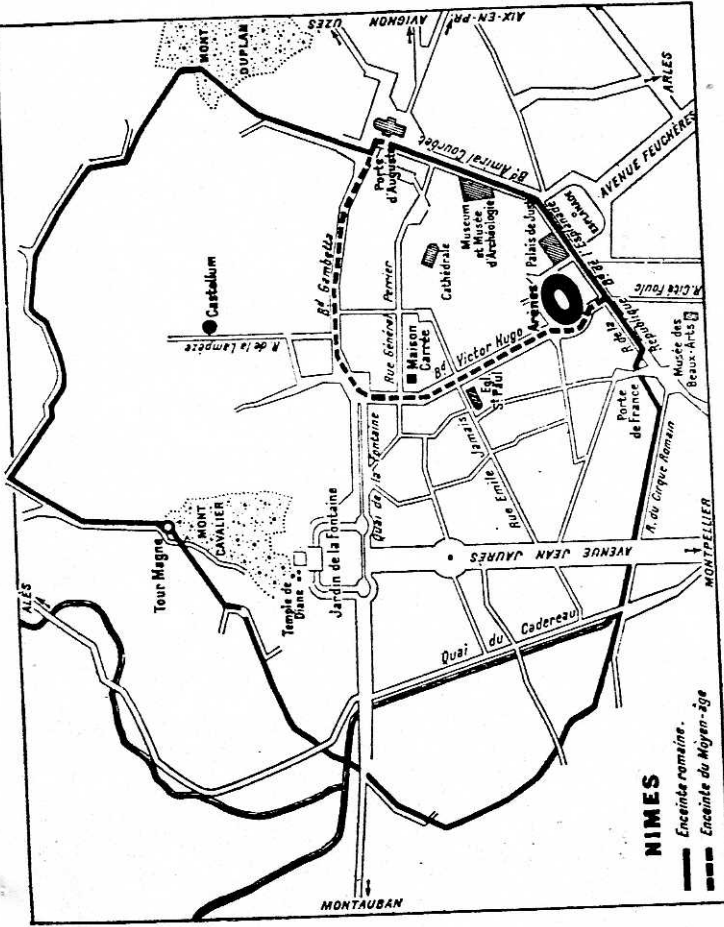
Cuando al final de la *pax romana* las ciudades delimitan las murallas, éstas cubren una superficie inferior a la de la ciudad romana.

En esta definición de las murallas son abandonados monumentos, zonas con frecuencia populosas; la ciudad se recluye en su núcleo.

En Nîmes el anfiteatro es transformado en fortaleza por los visigodos y recluye una pequeña ciudad de 2000 habitantes; se



Florença, levantamiento tipológico del barrio de S. Croce, con los edificios construidos sobre el anfiteatro romano.



Nîmes
Recintos romano y medieval.

accede a ella por cuatro puertas correspondientes a los cuatro puntos cardinales; en el interior se encuentran dos iglesias.

En un segundo tiempo, alrededor de este monumento comen-
zará de nuevo a crecer la ciudad; el mismo fenómeno sucede con la ciudad de Arles.

La vicisitud de estas ciudades es extraordinaria; nos induce también a algunas consideraciones sobre la dimensión y demues-
tra que la cualidad de algunos hechos es más fuerte que su di-
mensión.

El anfiteatro tiene una forma precisa e inequívoca y también su función; no está pensado como un continente indiferente; al contrario, está extremadamente precisado en sus estructuras, en

su arquitectura, en su forma. Pero una vicisitud externa, uno de los momentos más dramáticos de la historia de la humanidad, transforma su función, un teatro se convierte en una ciudad.
Este teatro-ciudad es asimismo una fortaleza; recluye y de-
fiende toda la ciudad.

En otros casos una ciudad se desarrolla entre los muros de un castillo que constituyen su límite preciso y también su paisaje; así en Vila Viçosa en Portugal.

La presencia de la obra, con su significado y con su arquitectura, que es el modo real en que la obra viene definida, es el signo de la transformación.

Puesto que sólo la presencia de una forma cerrada y estable-
lizada permite la continuidad y el que se produzcan acciones en formas sucesivas. Así la forma, la arquitectura de los hechos ur-
banos emerge de la dinámica de la ciudad.

En este sentido he hablado de las ciudades romanas, de la forma que ha permanecido de la ciudad romana; tomemos el acueducto romano de Segovia que atraviesa la ciudad como un hecho geográfico, los teatros y el puente de Mérida en Extrema-
dura, el Panteón, el Foro romano.

Estos ejemplos que vemos aquí desde el punto de vista de los hechos urbanos nos pueden conducir a numerosas consideracio-
nes en el campo de la tipología.

Los elementos de la ciudad romana se transforman, cambian su función. Otro ejemplo excepcional está constituido por el pro-
yecto de Sixto V para la transformación del Coliseo en una hlan-
dería de lana; también aquí se trata de esta extraordinaria forma del anfiteatro.

En la planta baja eran organizados los talleres y en los pi-
sos superiores las habitaciones de los obreros; el Coliseo se ha-
bría convertido en un gran barrio obrero y en una fábrica racio-
nalista.

Así habla de ello Fontana: «Ya había comenzado a hacer qui-
tar toda la tierra que había en torno, y a explanar la calle que viene de Torre dei Conti y va al Coliseo, para que fuese comple-
tamente llana, como hoy se ven vestigios de dicha excavación; se
trabajaba en ello con sesenta carros de caballos y cien hombres,
de manera que si el pontífice viviese un año [más], el Coliseo
habría sido reducido a lugar de habitación».¹³

Pero ¿cómo crece la ciudad?
El núcleo original, recluido dentro de las murallas, se en-
sancha con una individualidad propia; a esta individuación formal
corresponde una individuación política.

En el interior se desarrollan los burgos; son los burgos de las ciudades italianas, los *faubourgs* de las ciudades francesas. Milán, cuya estructura monocéntrica se atribuye erróneamente a una especie de extensión del centro histórico, está bien definida durante todo el Medievo por estos elementos: el centro galorromano, los conventos, las obras pías.

La persistencia de los burgos es tan fuerte que el principal de ellos, San Gotardo, viene llamado siempre en dialecto simplemente como *il borgo*, sin otra atribución, como hemos visto. En París, fuera de la Cité, se constituyen varios asentamientos a ambos lados del Sena; monasterios, centros mercantiles, la universidad. Alrededor de estos elementos se constituyen centros de vida urbana; alrededor de las abadías se organizan los *bourgs*. La abadía de St. Germain-des-Prés, de origen merovingio, se destaca en el siglo vi; el burgo de St. Germain no aparece en los documentos hasta alrededor del xii. El burgo representa un hecho urbano tan fuerte en el interior de la ciudad que aún lo podemos hallar hoy en el plano de París; está representado por la convergencia de cinco calles hacia el cruce de la Croix-Rouge; allí se encuentra el acceso al burgo de St. Germain-des-Prés, y el lugar era llamado *Le chef de la ville* o *Le bout de la ville*.¹⁴

El monumento está en el centro y circundado por edificios, es decir, se convierte en un lugar de atracción.

Pero convendrá ahora detenernos un poco en el concepto de monumento entendido como un elemento primario de tipo particular.

Este es un hecho urbano típico en cuanto resume todas las cuestiones planteadas por la ciudad a las que me refería al principio; pero se convierte también en algo de naturaleza particular cuando estos valores se imponen por encima de los caracteres económicos (también se puede aceptar la tesis de que toda la estructura monumental de la ciudad presenta un carácter metaeconómico) y de la necesidad práctica en virtud de su belleza.

Se convierten en obras de arte excelentes y se caracterizan sobre todo por este aspecto. Constituyen un valor que es más fuerte que el ambiente y que la memoria. Es significativo que las grandes obras urbanas nunca hayan sido destruidas y ningún defensor de la Antigüedad tendrá que pelearse, creo, para defender la capilla Pazzi o S. Pietro.

También es significativo que, en contra de lo que creen muchos autores, este valor sea la característica emergente de la ciudad y el único caso en que toda la estructura del hecho urbano esté resumida en la forma; el monumento es una permanencia

porque, se puede sostener, está ya en posición dialéctica dentro del desarrollo urbano, es decir, concibe la ciudad como algo que crece por puntos (elementos primarios) y por áreas (barrios y residencias), y mientras que en los primeros es preeminente la forma realizada, en la segunda aparecen en primer plano los valores del suelo.

Una teoría de este tipo tiene, pues, en cuenta no sólo el conocimiento de la ciudad por «trozos de ciudad», sino el crecimiento de la ciudad por partes, y mientras que por un lado da el máximo valor a la experiencia empírica de los elementos primarios y de su contorno urbano, por el otro desvanece cada vez más la importancia del plano, del diseño general de la ciudad que debe ser estudiado desde otros puntos de vista.

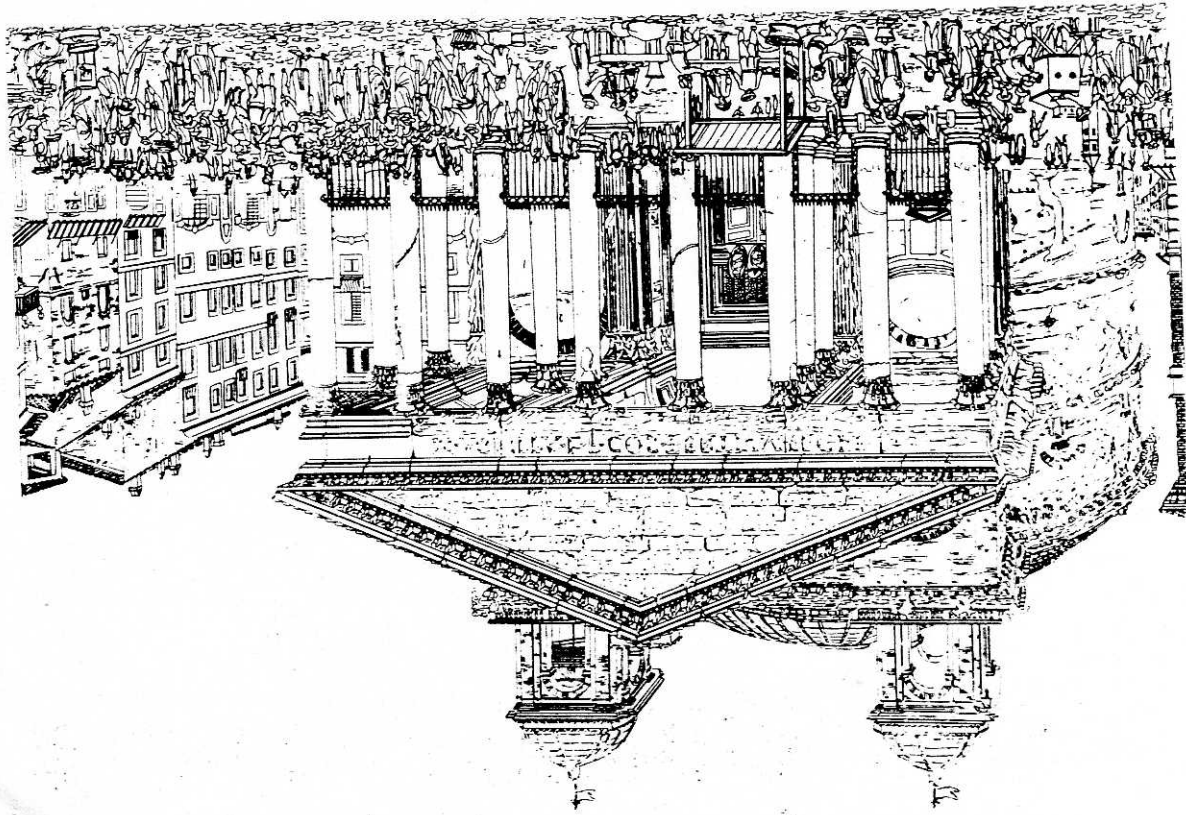
8. La ciudad antigua

Las referencias avanzadas en el párrafo precedente, relativas al significado de los elementos primarios en la evolución de la ciudad antigua, han puesto de relieve la importancia de la forma de los hechos urbanos; esto es, de la arquitectura de la ciudad. La permanencia de esta forma y su valor de referencia son completamente independientes tanto de la función específica a la que es destinada cuanto de la coincidencia inmediata con la continuidad de las instituciones urbanas.

Me refiero siempre de hecho a la forma y a la arquitectura de la ciudad y no a sus instituciones; pensar que éstas se mantienen y transmiten sin interrupciones y traumatismos es una distorsión histórica; una posición de este tipo, de hecho, acabaría por mistificar las luchas y los momentos concretos de transformación.

La enorme contribución que Henry Pirenne¹⁵ ha hecho al estudio de la ciudad y particularmente a las relaciones entre la ciudad y las instituciones civiles atestigua el valor que damos aquí a los lugares, a los monumentos, a la realidad física de la ciudad como momento permanente de su devenir político e institucional; los monumentos y toda la construcción urbana son un signo de referencia que con el tiempo tiene un significado diferente.

Les cités et les bourgs ont joué pourtant, dans l'histoire des villes, un rôle essentiel. Ils ont été, pour ainsi dire, les pierres d'attente. C'est autour de leurs murailles qu'elles se formeront dès que se manifesterá la renaissance économique dont on surprend les premiers symptômes au cours du x siècle.¹⁶



Roma, el Panteón y su plaza precedente de un grabado de inicios del siglo XIX.

Aunque la ciudad no existía ni en el sentido social ni en el económico, ni aun en el jurídico, es alrededor de las murallas de los burgos y de las antiguas ciudades romanas donde toma inicio el Renacimiento. Este es un hecho significativo.

Pirene demuestra que la ciudad clásica no conoce nada de análogo a la ciudad burguesa local y particularista del Medioevo.

En el mundo clásico la vida urbana se confundía con la vida nacional; el sistema municipal se identifica, pues, en la Antigüedad con el sistema constitucional.

Roma, extendiendo su dominación al mundo mediterráneo, hace de las ciudades punto de su sistema imperial; éste sobrevive a las invasiones germánicas y a las árabes, pero la ciudad cambia completamente su función. Este cambio es esencial para comprender la evolución sucesiva de la ciudad.

En primer lugar, la Iglesia establece sus diócesis en las circunscripciones de las ciudades romanas; la ciudad se convierte, pues, en la sede del obispo; así el éxodo de los mercaderes, la decadencia del comercio, el fin de las relaciones entre las ciudades al no tener ninguna influencia en la organización eclesiástica, no modifican la estructura urbana. Las ciudades se identifican con el prestigio de la Iglesia, se enriquecen con donaciones, son asediadas por los carolingios a la administración, y mientras que por un lado se enriquecen, por el otro crece su prestigio moral. A la caída del Imperio carolingio los príncipes feudales continúan respetando la autoridad de la Iglesia y de ello deriva que aun en la anarquía de los siglos IX y X la preeminencia de los obispos confiere naturalmente a sus residencias, esto es, a las antiguas ciudades romanas, absoluta preeminencia.

Pirene demuestra que es éste el verdadero motivo que salva las ciudades de la ruina, porque en la economía del siglo IX no tienen razón de existir, con la desaparición de los mercaderes ya no representan para la sociedad laica interés alguno. A su alrededor las grandes propiedades agrícolas viven una vida propia y por otro lado el Estado constituido sobre una base puramente agrícola no se preocupa de su suerte. Los castillos de los príncipes y de los condes se encuentran en el campo, mientras que es precisamente la sedentariedad del oficio eclesiástico lo que une los obispos a la ciudad.

En este sentido la ciudad se salva de la ruina como lugar físico por la sede de los obispos y no como continuidad de las instituciones urbanas.

El ejemplo de Roma llega a ser, en el análisis de Pirene, de extraordinaria evidencia: «La ville impériale est devenue la

ville pontificale. Son prestige historique a rehaussé celui du successeur de Saint Pierre. Isolé, il a paru plus grand, et il est en même temps devenu plus puissant. On n'a plus vu que lui... En continuant à habiter Rome, il en a fait sa Rome, comme chaque évêque que a fait de la cité qu'il habitait, sa cité».¹⁷

¿En qué sentido entonces la ciudad antigua llega a ser el lugar o se continúa en la ciudad moderna? Para Pirenne es completamente falso atribuir la formación de la ciudad medieval a la acción de la abadía, del castillo o del mercado. Las ciudades nacieron con sus instituciones burguesas, a causa del despertar económico e industrial de Europa.

¿Por qué y cómo, por así decir, se instalan en la ciudad romana? Porque las ciudades romanas, sostiene Pirenne, no eran creaciones artificiales; al contrario, reunían todas las condiciones de orden geográfico sin las cuales una aglomeración urbana no puede vivir ni prosperar. Situadas en las intersecciones de las indestructibles *vías del César*, que han sido durante siglos las vías de la humanidad, estaban destinadas aún a llegar a ser las sedes de la vida municipal. «Les cités qui, du IX au X siècle, n'avaient guère été que le centre des grandes domaines ecclésiastiques, par une transformation rapide et inévitable, vont récupérer leur caractère qu'elles avaient perdu depuis si longtemps.»¹⁸

Esta transformación rápida e inevitable no podía acontecer, pues, sino en el interior de las ciudades antiguas, o a su alrededor, puesto que éstas representan aquella manufactura compleja, a medio camino entre el artificio y la naturaleza, como confirma Pirenne refiriéndose a las ciudades romanas, a las que la humanidad no puede fácilmente renunciar en el curso de su desarrollo.

En la utilización de los viejos cuerpos de las ciudades hay un hecho económico y psicológico a un tiempo. Son tanto un bien como una referencia.

Una cuestión de este tipo, que aquí hemos visto aplicada a la ciudad antigua, se presenta también en todas aquellas cuestiones que se refieren al paso de la ciudad burguesa a la ciudad socialista, también aquí parece cierto que los tiempos de los cambios de las instituciones no son referibles a la evolución de la forma; y de ello que establecer una relación simple entre dos hechos, como quieren algunos, sea una cuestión abstracta y no responda a la realidad de los procesos urbanos.

Lo seguro es que elementos primarios y monumentos, es decir, lo que representa directamente la esfera pública, adquieren un carácter cada vez más complejo y más necesario; y no se modifican con tanta sencillez.

La residencia, que tiene mayor característica dinámica como área, depende de la vida de aquéllos, participando en el sistema que la ciudad constituye en su complejo.

9. Procesos de transformación

La relación área-residencia y elementos primarios configura de modo concreto la ciudad: si esto lo podemos hallar en las ciudades en que las vicisitudes históricas siempre han actuado en el sentido de la unificación de los diversos elementos, también es aún más evidente en el caso de las ciudades que nunca han reunido o han intentado reunir en una sola forma los hechos urbanos que los constituyen; así Londres, Berlín, Viena, Bari, Roma y muchas otras ciudades.

En Bari la ciudad antigua y la ciudad muratiana constituyen dos hechos completamente diferentes, sin casi relación; la ciudad antigua no se ha dilatado, su núcleo estaba absolutamente definido como forma. Sólo su calle principal, que la unía al territorio, ha emergido intacta y permanente en el tejido muratiano.

En todos estos casos siempre hay una estrecha unión entre los elementos primarios y el área; frecuentemente esta unión llega a ser sin más un hecho urbano tan preeminente hasta constituir una característica de la ciudad. ¿Y no es siempre la ciudad la suma de estos hechos?

El análisis morfológico, que constituye uno de los instrumentos más importantes en el estudio de la ciudad, ilumina claramente estos aspectos. En la ciudad no existen zonas amorfas, o allá donde existen, son momentos de un proceso de transformación, representan por así decirlo los tiempos muertos de la dinámica urbana. Aun allí donde fenómenos de este tipo se reproducen con mayor importancia, como los suburbios de las ciudades norteamericanas, los procesos de transformación tienen también tiempos más veloces en cuanto que, como se ha demostrado, la alta densidad de los asentamientos produce mayor presión en el uso del suelo. Estas transformaciones se realizan por medio de la definición de un área precisa; sobre ella acontece el proceso de *redevelopment*. Este proceso caracteriza hoy una gran ciudad como Londres. «El concepto de una división de las ciudades entre sectores [*precincts*] —escribe Peter Hall— ha sido adoptada instintivamente desde siglos por los constructores y arquitectos, en los *Colleges* de Oxford y Cambridge, en las *Inns of Court* de Londres, en los proyectos originarios de Bloomsbury, en los que todo el

tráfico directo era detenido por barreras.¹⁰ Una política de este tipo llega a ser la base de los famosos *precincts* de Abercrombie para Westminster y Bloomsbury.

Dentro de un bloque circundado por calles principales, la estructura viaria habría tenido que ser readaptada de tal modo que el tráfico directo no pudiese penetrar.

Ahora se puede afirmar que el carácter distintivo de toda ciudad, y por lo tanto también de la estética urbana, es la tensión que se ha creado y se crea entre áreas y elementos, entre un sector y otro; esta tensión viene dada por la diferencia de los hechos urbanos existentes en cierto lugar y está medida no sólo en términos de espacio, sino también de tiempo. Estos se refieren bien al proceso histórico allí donde hay presentes fenómenos de permanencia, con todas las implicaciones que éstos poseen, bien en sentido puramente cronológico donde se pueden hallar hechos urbanos acontecidos en tiempos sucesivos.

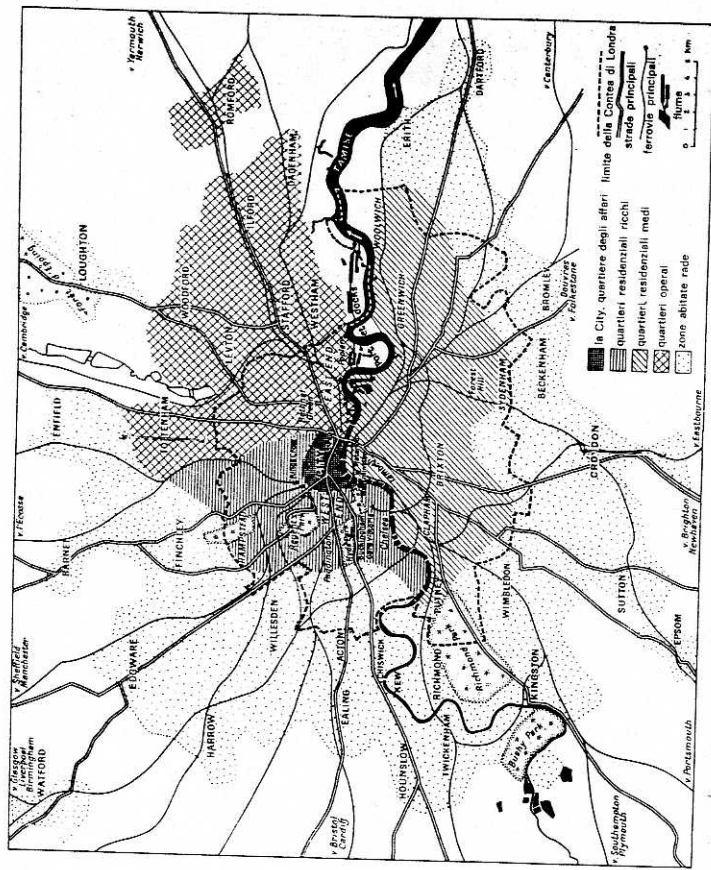
En este sentido no damos cuenta ahora plenamente de lo bellas que son partes ya periféricas de grandes centros en transformación; Londres, Berlín, Milán, Moscú, nos revelan escorzos, aspectos, imágenes completamente imprevisibles. Los tiempos diferentes, más aún que en los espacios inmensos de la periferia moscovita, nos dan la imagen concreta de la cultura en transformación, de una modificación de la misma estructura social a través de una fruición estética que está en la naturaleza misma de los hechos.

Naturalmente, no podemos confiar tan sencillamente los valores de la ciudad de hoy en este sucederse de los hechos; aunque sólo sea porque nada nos garantiza su continuidad efectiva.

Es importante conocer el mecanismo y sobre todo establecer cómo podremos actuar en esta situación; yo creo que no es a través del control total de este alternarse de los hechos urbanos, sino a través del control de los hechos principales emergentes en cierto tiempo.

En estas observaciones se perfila aún la cuestión de la dimensión, y de la dimensión de la intervención.

La movilidad en el tiempo de cada parte de ciudad está profundamente vinculada a la del fenómeno objetivo de la decadencia de ciertas zonas. Este fenómeno generalmente observado en



Londres, plano esquemático de la ciudad.

la literatura anglosajona con el término de *obsolescence*, cada vez es más evidente en las grandes ciudades modernas; éste tiene características particulares en las grandes ciudades norteamericanas, en las que justamente ha sido estudiado con detención. Por lo que aquí nos interesa notar de este fenómeno, podemos definirlo como una supervivencia de un grupo de edificios, que puede ser el entorno de una calle como de un barrio, a la dinámica seguida por el uso del suelo en el ambiente circunstante, dando a esta última definición un significado muy amplio. Estas áreas de la ciudad no siguen, por lo tanto, su vida, representan por mucho tiempo islas respecto del desarrollo general; hemos visto que atestiguan los tiempos diferentes de la ciudad y al mismo tiempo se configuran como grandes áreas de reserva.

En fin, el fenómeno de la obsolescencia ilumina la exactitud de la hipótesis relativa al estudio de la ciudad por áreas entendidas como hechos urbanos; las transformaciones de las áreas van vinculadas al estudio de los factores accidentales, como veremos al presentar la teoría de Halbwachs.

Esta ciudad constituida por tantas partes en sí completas, es, a mi parecer, la que permite verdaderamente la libertad de las elecciones; y la libertad de las elecciones llega a ser una cuestión de fondo por todas las implicaciones que presenta; como no creemos que en este caso sean cuestiones de valor lo que pueda decir a favor de las casas altas o de las casas bajas, es decir, de estas luciones arquitectónicas y tipológicas diversas, sino que estas cuestiones pueden ser resueltas sólo a nivel arquitectónico urbano, por ello estamos muy convencidos de que la libertad concreta del ciudadano está, en una sociedad donde las elecciones sean libres, en el optar por una solución más bien que por otra.

10. Geografía e historia. La creación humana

Geografía o historia
según que nos observen
o cuando nos pensamos.

CARLOS BARRAL

(Diecinueve figuras de mi historia civil)

En las páginas precedentes me he ocupado principalmente:
— del área-residencia y los elementos primarios;
— de la estructura de la ciudad por partes.

Subordinadamente me he ocupado de los elementos, de la diversa frucción de los elementos urbanos, de la comprensión de la ciudad.

Muchas de estas cuestiones eran de método; intentan llegar a su clasificación.

Se puede pensar que haya otros modos de llevar a cabo esta clasificación y que yo no haya escogido la más lineal; sin embargo, he intentado atenerme a los resultados más seguros que poseemos y en parte ordenarlos. Ya he escrito que no hay nada nuevo en todo ello.

Lo que importa es que dentro de estas consideraciones haya hechos concretos; y que éstos atestigüen la relación del hombre con la ciudad.

He dado la hipótesis de la ciudad como manufactura y como obra de arte; podemos observar y describir esta manufactura o intentar comprender sus valores estructurales. Pero en todo caso la geografía de la ciudad es inseparable de su historia; y sin ellas no podemos comprender su arquitectura, que es el signo concreto de esta «cosa humana».

Al comienzo de esta investigación he citado especialistas de diversa naturaleza; el hecho en el que insistimos es tan concreto que vuelve en todos los autores y es la base de la tratadística.

«L'art de l'architecture —escribió Viollet-le-Duc— est une création humaine.» Y también: «L'architecture, cette création humaine, n'est donc de fait, qu'une application de principes qui sont nés en dehors de nous et que nous approprions par l'observation».²⁰

Esos principios están en la ciudad; ésta es el paisaje de piedra —*brick and mortar*—, según la expresión de Fawcett, que simboliza la continuidad de una comunidad.²¹

Los sociólogos han estudiado el conocimiento colectivo, la psicología urbana; geografía y ecología han abierto grandes horizontes.

Pero en la comprensión de la ciudad como obra de arte, ¿la arquitectura no es esencial?

Un estudio más ceñido de los grandes momentos de la historia urbana nos aclarará la cuestión de la arquitectura de la ciudad como obra de arte total. Berenson nota, si bien sin desarrollar este concepto, que el arte veneciano se explica completamente en la misma ciudad: «No hay nada que los venecianos no intentasen añadir a la grandeza del Estado, a su gloria, a su esplendor. Y esto les llevó a hacer de su ciudad un vivo, maravilloso monumento del amor y de la reverencia que alimentaban hacia la República;

monumento que hasta hoy suscita más admiración y da más gozo que cualquier otra obra nacida del fervor del arte. Y no se contentaron con que Venecia fuera la más bella ciudad del mundo, sino que en su honor instituyeron ceremonias que tenían toda la majestad de los ritos religiosos». ²²

Observaciones de este tipo son ciertas para todas las ciudades; se refieren a hechos; hechos que se pueden manifestar en forma diversa y con vicisitudes diferentes, pero no por ello dejan de ser confrontables.

Ninguna ciudad ha sido nunca privada del sentido de la propia individualidad.

Mi argumento se refiere al estudio de la arquitectura de la ciudad; me limito a hacer un esbozo de un tratado.

Puede ser que yo use la palabra *tratado* de manera un poco insólita; pero creo descansar en la tradición de los textos de arquitectura, tradición difícil y criticable, pero auténtica. Quizás hasta aquí he usado poco de los tratados más ortodoxos; pero creo haber usado de ellos suficientemente y continuaré haciéndolo en los capítulos sucesivos. (Por ejemplo, cuando trate del concepto de *locus*.)

Pero antes de pasar a algunos aspectos de la arquitectura como modo de hacer la ciudad, quiero considerar lo escrito en este capítulo a la luz de las consideraciones avanzadas en este párrafo.

El tema principal surgido en la segunda parte de este capítulo es que en la ciudad distinguimos dos hechos principales: el área residencial y los hechos primarios. Y que negamos que la residencia (la casa) sea algo amorfo y que pasa, mera necesidad. Por ello, la casa en particular, por la cual es reconocible empíricamente la decadencia tecnológica y la necesaria adecuación de los diversos niveles y modos de vida de la sociedad en el tiempo, ha sido sustituida por el concepto de área caracterizada.

Partes enteras de la ciudad presentan signos concretos de su modo de vivir, una forma propia y una memoria propia. Se han individualizado a través de la profundización de estas características por las indagaciones de tipo morfológico y por las posibles investigaciones de tipo histórico y lingüístico. En este sentido el problema empieza en el concepto de *locus* y de dimensión.

Por otro lado, los elementos primarios se configuran como aquellos que con su presencia aceleran el proceso de la dinámica

urbana. Estos elementos pueden ser entendidos desde un mero punto de vista funcional, como actividades fijas de la colectividad para la colectividad, pero sobre todo pueden identificarse con hechos urbanos definidos, un acontecimiento y una arquitectura que resumen la ciudad. Como tales son ya la historia y la idea de la ciudad que se construye a sí misma, a *state of mind*, según la definición de Park de la ciudad.

Sobre la base de la hipótesis de la ciudad como manufactura, los elementos primarios tienen una evidencia absoluta; se distinguen por su forma y en cierto sentido por su excepcionalidad en el tejido urbano. Son caracterizantes.

Tomemos el plano de una ciudad y consideremos una parte de él: nos saltarán a la vista, como manchas negras, estas formas emergentes. También en este sentido hablo de elementos primarios; y lo mismo se puede decir desde el punto de vista volumétrico.

Repito que aquí intento más decir a qué me refiero que dar definiciones.

Ahora me doy cuenta claramente de que aún afirmando que los elementos primarios no son solamente los monumentos, en mis argumentos siempre he acabado por identificarlos. Por ejemplo, cuando hablo del teatro de Artes, o del Palazzo della Ragione de Padua, o hasta de otros hechos.

No creo que esté en disposición de aclarar completamente este punto, pero introduciré un argumento ulterior.

Sabemos que muchos textos de geografía y de urbanística clasifican las ciudades en dos grandes familias: ciudades planificadas y ciudades no planificadas. «En los estudios urbanos es normal poner de relieve en primer lugar la diferencia entre ciudad planificada y no planificada. Las primeras han sido concebidas y fundadas como ciudades, mientras que las segundas han salido sin un diseño preconcebido, como asentamientos que se han desarrollado particularmente y que, por lo tanto, se han revelado aptos para desempeñar funciones urbanas. Su carácter urbano ha surgido sólo en el curso de su desarrollo, y su estructura ha resultado esencialmente del agregarse edificios alrededor de algún núcleo preurbano.» Como dice, entre otros, Smailes en su texto de geografía urbana. ²³

Si, concediendo al esquema de teoría desarrollada hasta aquí la seguridad de fundarse en hechos auténticos, juzgamos una afir-

mación de este tipo, vemos que tiene una concreción relativa; se trata, a lo sumo, de un tipo de clasificación elemental y refutable desde muchos puntos de vista.

De hecho, nosotros sostenemos que en todo caso —en lo que atañe a la génesis de los hechos de urbanización— se trata, para usar la expresión del autor aquí citado, «del agregarse edificios alrededor de algún núcleo preurbano». Este núcleo representa un inicio del proceso de urbanización cuando está constituido en todo su valor.

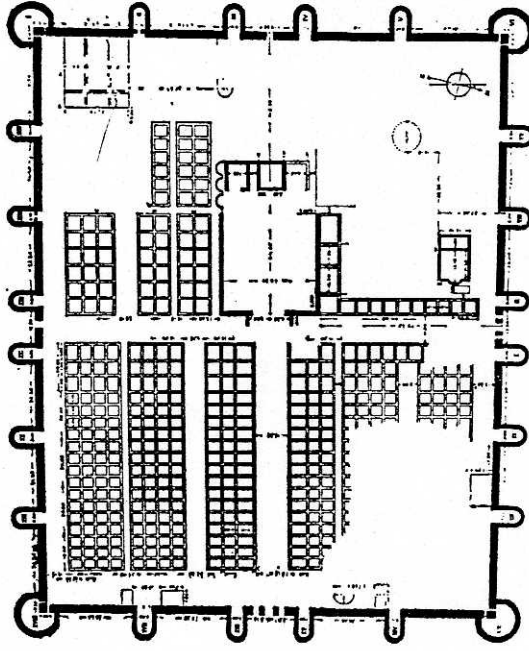
Y afirmo que considero el «plano» como un elemento primario, igual que un templo o una fortaleza. Y que el mismo primer núcleo de ciudad planificada se revela como un elemento primario; ya sea que inicie un proceso urbano, o que lo caracterice, como sucede en Leningrado o en Ferrara, la cosa no cambia mucho. Creer, pues, que la existencia de un plano ofrezca a la ciudad una solución espacial definitiva desde el punto de vista global es completamente discutible; el plano siempre es un tiempo de la ciudad, en la misma medida que cualquier otro elemento primario.

Que después la ciudad crezca alrededor de un núcleo ordenado o desordenado o alrededor de un hecho singular no cambia mucho (aunque indudablemente presentará aspectos morfológicos diferentes): de hecho, vemos estas situaciones como hechos caracterizantes, como partes. Esto ha sucedido en el caso de Leningrado y está sucediendo en el de Brasilia. Es deseable que se lleven a cabo investigaciones en esta dirección.

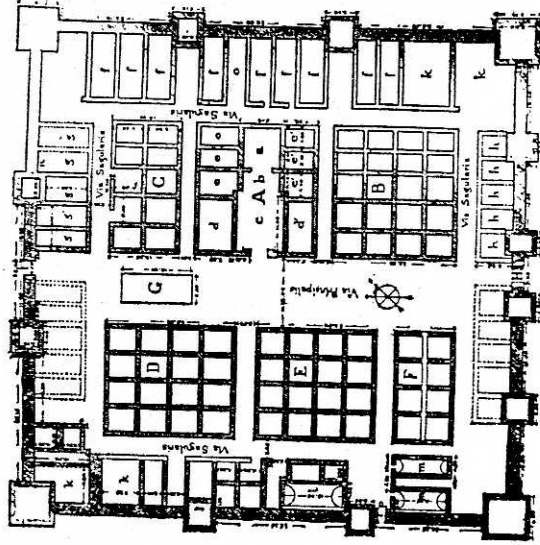
Casi no hay que decir que maestros como Chabot y Poète apenas aluden a esta división; y Chabot justamente relaciona la cuestión del plano como un problema teórico de arquitectura, base de las operaciones urbanísticas.

Mayor importancia a esta división es dada por Lavedan; después de un largo trabajo sobre la ciudad como arquitectura y sobre la estructura urbana de las ciudades francesas, es lógico que Lavedan insista en una diferenciación ligada a la arquitectura urbana.

Si el enorme esfuerzo de la escuela francesa hubiese ido acompañado de intentos de síntesis como los de Lavedan de manera más amplia, hoy podríamos disponer de un material maravilloso; que las investigaciones sobre la vivienda y sobre las ciudades de Demangeon no tengan en cuenta el material recogido por Viollet le



El - Leggün



Dagantya

Instalaciones fortificaciones romanas en Jordania.
Estos elementos constituyen un tipo de formación urbana.

Duc es un problema que va más allá de la falta de relación interdisciplinaria; se trata de una actitud con respecto a la realidad.

No se puede, pues, reprobar a Lavedan haber insistido en el aspecto arquitectónico cuando éste es precisamente el mérito mayor de su obra; y no creo forzar su pensamiento si afirmo que cuando nos habla del «plano» de la ciudad entiende hablarnos de arquitectura. De hecho, ocupándose del origen de la ciudad escribe: «Trátese de una ciudad espontánea o de una ciudad planificada, el trazado de su planta, el diseño de sus calles no le es debido al azar. Existe una obediencia a las reglas. Sea inconscientemente en el primer caso, sea consciente y abiertamente en el segundo. Existe siempre el elemento generador del plano».²⁴ Con esta reducción Lavedan lleva el plano a su valor de elemento originario o de componente.

Podrá parecer que, en el intento de explicar la diferencia entre un elemento primario y un monumento, yo haya introducido otro argumento que, al fin, en vez de precisar ha ampliado la argumentación. En realidad, esta ampliación nos ha permitido volver a nuestra hipótesis de partida que habíamos analizado desde diversos puntos de vista. La ciudad no es por su naturaleza una creación que pueda ser reducida a una sola idea base; sus procesos de formación son diversos.

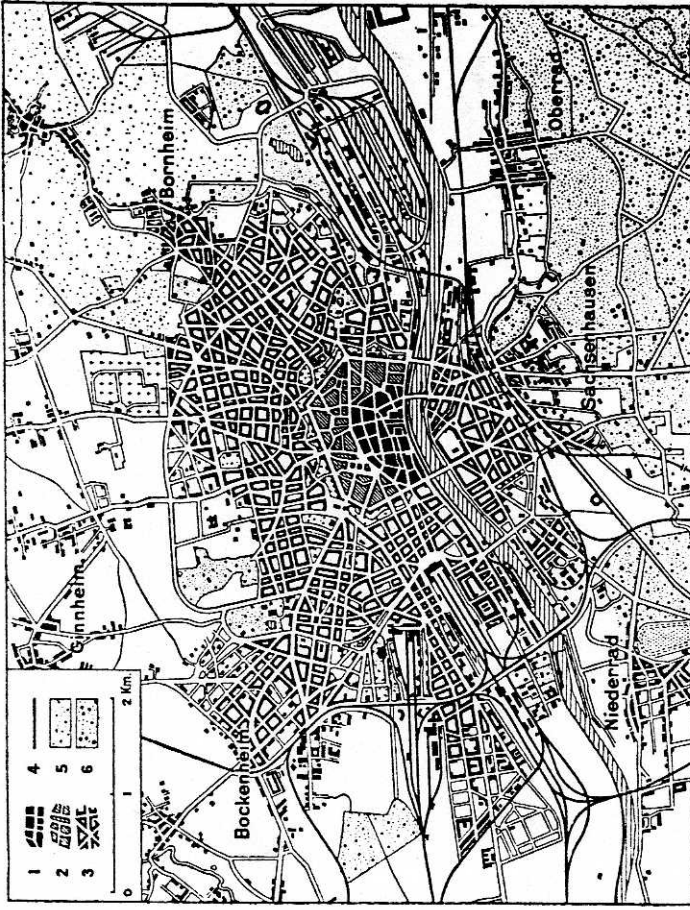
La ciudad está constituida por partes; cada una de estas partes está caracterizada; posee, además, elementos primarios alrededor de los cuales se agregan edificios.

Los monumentos son, pues, puntos fijos de la dinámica urbana; son más fuertes que las leyes económicas, mientras que los elementos primarios no lo son en forma inmediata.

Ahora, el ser monumentos es en parte su destino; no sé hasta qué punto este destino es previsible.

En otros términos: por lo que atañe a la constitución de la ciudad es posible proceder por hechos urbanos definidos, por elementos primarios, y esto tiene relación con la arquitectura y con la política; algunos de estos elementos se elevarán al valor de monumentos sea por su valor intrínseco, sea por una particular situación histórica, y esto se relaciona precisamente con la historia y la vida de la ciudad.

He escrito que todas estas consideraciones son importantes si en ellas hay hechos; hechos que muestran su relación directa con el hombre. Ahora, estos elementos constituyentes de la ciudad



Frankfurt am Main

- 1 — El núcleo antiguo
- 2 — La ciudad del siglo XIV
- 3 — Barrios modernos
- 4 — Vías férreas
- 5 — Parques
- 6 — Bosques

dad, estos hechos urbanos de naturaleza característica y caracterizante, ¿no son, en cuanto producto de la actividad humana como hecho colectivo, uno de los más auténticos testimonios del hombre? Y, naturalmente, cuando hablamos de estos hechos no podemos ignorar en modo alguno su arquitectura, que es la misma creación humana.

Un especialista francés escribía recientemente que pensando en la crisis institucional de la Universidad francesa le parecía que

nada podía expresar esta crisis de manera tangible como la falta de un edificio que «fuese» la Universidad francesa. El hecho de que París, siendo una de las grandes universidades de Europa, no hubiera conseguido nunca «construir» esta sede era señal de una debilidad interna del sistema.

[...] La confrontation avec ce prodigieux phénomène architectural produit sit sur moi un effet de choc. Une inquiétude naquit, et un supçon, qui devait se confirmer lorsque, par la suite, il me fut donné de visiter Coimbra, Salamanca et Goettingen ou encore Padue... c'est le néant architectural et l'Université française qui m'a fait comprendre son néant intellectuel et spirituel.²⁵

¿Es posible afirmar que las catedrales y las iglesias esparcidas por el mundo y San Pedro no *constituyen* la universalidad de esta Iglesia católica? No me refiero al carácter monumental de estas arquitecturas ni a su valor estilístico: me refiero a su presencia, a su construcción, a su historia. En otros términos, a la naturaleza de los hechos urbanos.

Los hechos urbanos tienen vida propia, destino propio. Está en Vayamos a un hospital: el dolor es algo concreto. Está en las paredes, en los patios, en los dormitorios.

Cuando los parisenses destruyeron la Bastilla cancelaron siglos de abuso y de dolor de los que la Bastilla era en París la forma concreta.

Al abrir este capítulo he aludido a la cualidad de los hechos urbanos y a algunos autores que habían oteado este tipo de investigación; Lévi-Strauss ha ido quizá bastante más adelante todos al hablar de esta cualidad y al afirmar que por muy rebelde que haya llegado a ser nuestro espíritu euclidiano a una concepción cualitativa del espacio, no depende de nosotros que ésta exista.

L'espace possède ses valeurs propres, comme les sons et les parfums ont des couleurs et les sentiments un poids. Cette quête des correspondances n'est pas un jeu de poète ou une mystification...; elle propose au savant le terrain le plus neuf et celui dont l'exploration peut encore lui procurer des richesses découvertes.²⁶

Cattaneo ha escrito sobre la naturaleza como patria artificial que contiene toda la experiencia de la humanidad.

Nos podemos permitir entonces afirmar que la cualidad de los hechos urbanos surge de las investigaciones positivas, de la concreción de lo real; la cualidad de la arquitectura —*la création humaine*— es el sentido de la ciudad.

Después de haber indagado sobre los posibles modos de en-

tender la ciudad, volvamos, pues, a las características más íntimas, más propias de los hechos urbanos.

Y sobre estos aspectos, los más ligados a la arquitectura, iniciaré las consideraciones de los próximos capítulos.

Por ahora creo poder afirmar que cualidad y destino distinguen los elementos primarios, entendidos en el sentido de una lectura geográfica, de los monumentos. Y estoy convencido de que siguiendo estas indicaciones se podrán enriquecer las investigaciones positivas sobre el comportamiento de los grupos humanos y del individuo en la ciudad. He señalado el intento realizado por el norteamericano Kevin Lynch, aunque sea por otros caminos; esperamos que sean profundizadas estas investigaciones experimentales y que puedan ofrecernos importantes materiales para valorar todos los aspectos de la psicología urbana. De manera que se puedan iluminar los estratos más profundos de la conciencia colectiva tal como se forma en la ciudad.

Con el mismo concepto de cualidad se podrán iluminar los conceptos de área y de límite, de territorio político y de frontera que ni el mito de la raza ni la comunidad de lengua o de religión son suficientes para fundamentar.

Aquí se indican sólo direcciones de investigación; muchas de estas investigaciones surgen de la psicología, de la sociología, de la ecología urbana. Estoy convencido de que éstas tomarán nueva luz cuando tengan más en cuenta, o simplemente puedan tener en cuenta el ambiente físico y la arquitectura de nuestras ciudades.

Así como nosotros ya no podemos ocuparnos de la arquitectura de la ciudad —en otros términos, de la arquitectura misma— sin este cuadro general en el que se conjuntan los hechos urbanos.

En este sentido he hablado de la exigencia de un nuevo tratado.

not the history of the city as an artefact. Our historian has to be on terms with the whole physical mass of marble, bricks and mortar, steel and concrete, tarmac and rubble, metal conduits and rails —the total artefact. He has to deal with it within limits.»

²¹ BERNARD BERENSON, *The Italian Painters of the Renaissance*, Londres, 1954; edición italiana, Florencia, 1965. Versión castellana: *Los pintores italianos del Renacimiento*, Ediciones Garriga, S. A., Barcelona, 1954.

²² ARTHUR E. SMAILES, *The Geography of Towns*, Londres, 1954; edición italiana, Florencia, 1965.

²³ PIERRE LAVEDAN, *Géographie des villes*, Paris, 1959, p. 91. Página 92 «[...] Cet élément générateur n'est pas nécessairement le même que l'élément générateur de la ville. Nous avons vu, par exemple, que beaucoup des cités devaient leur origine à une fontaine; ces sources n'ont presque jamais eu d'influence sur la tracé des rues; souvent même elles se trouvaient en dehors de l'agglomération proprement dite. Voirre Cahors, l'antique Divona Cadurcorum; la source qui attira les premiers habitants est aussi loin de la Cahors romaine que de la cité médiévale ou moderne. Si Cahors est, quant à son origine, une ville de fontaine, son plan est celui d'une ville de route [...] l'élément générateur du plan correspond à l'élément de croissance et non à l'élément d'origine de la ville.»

²⁴ GEORGES GUSDORF, *L'Université en question*, Paris, 1964, p. 83.

²⁵ CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *op. cit.*, cap. I, nota 2, p. 121.

Individualidad de los hechos urbanos.

La arquitectura

1. El locus

En el curso de este ensayo se ha señalado muchas veces el valor del *locus*, entendiendo con ello aquella relación singular y sin embargo universal que existe entre cierta situación local y las construcciones que están en aquel lugar. La elección del lugar para una construcción concreta como para una ciudad, tenía un valor preeminente en el mundo clásico; la situación, el sitio, estaba gobernado por el *genius loci*, por la divinidad local, una divinidad precisamente de tipo intermedio que presidía cuanto se desarrollaba en ese mismo lugar. El concepto de *locus* siempre ha estado presente en la tratadística clásica, si bien ya en Palladio y después en Milizia su tratamiento toma cada vez más un aspecto de tipo topográfico y funcional; pero en las palabras de Palladio hay aun en forma viva el estremecimiento del mundo antiguo, el secreto de esta relación que es más evidente, por encima de la cultura específica arquitectónica, en ciertas obras suyas como la Malcontenta o la Rotonda, las cuales deben precisamente a la «situación» algunas de las condiciones para su comprensión.

También Viollet-le-Duc, en su esfuerzo por entender la arquitectura como una serie de operaciones lógicas fundamentadas en pocos principios racionales, admite la dificultad de la transposición de una obra de arquitectura. En la idea general de la arquitectura participa también el lugar como espacio singular y concreto.

Por otra parte, un geógrafo como Max Sorre señala la posi-

bilidad de una teoría del fraccionamiento del espacio; ¹ indica en este sentido la existencia de «puntos singulares». El *locus* así concebido acaba poniendo de relieve, dentro del espacio indeferenciado, condiciones, cualidades que nos son necesarias para la comprensión de un hecho urbano determinado. También Halbwachs, en los últimos años de su vida, había de ocuparse de la topografía legendaria afirmando que los lugares santos presentan, a través de las diversas épocas, varias fisonomías en las cuales se reconocen las imágenes de los grupos cristianos que las han construido y situado según sus aspiraciones y sus necesidades.

Pensemos por un momento en el espacio de la religión católica; este espacio cubre toda la tierra porque la Iglesia es indivisible; en este universo el área singular, su concepto, pasa a segundo plano así como el límite o el confin. El espacio está determinado respecto de un centro único: la sede del papa, pero este mismo espacio terrestre no es más que el momento, una pequeña parte del espacio universal que es el lugar de la comunión de los santos. (Esta noción de espacio es paralela a la sublimación del espacio como es entendida por los místicos.) Y, sin embargo, en este cuadro total e indeferenciado, donde el espacio mismo se anula y se sublima, existen «puntos singulares»; son éstos los lugares de peregrinación, los santuarios, en los que el fiel entra en comunión más directa con Dios. Así como, para la doctrina cristiana, los sacramentos son signos de la gracia, porque con sus partes sensibles significan o indican aquella gracia invisible que confieren; y son sus signos eficaces porque significando la gracia realmente la confieren.

La identificación de estos «puntos singulares» puede ser debida a un acontecimiento dado que ha sucedido en aquel punto o que puede depender de otras infinitas causas; pero también aquí está reconocido y sancionado un valor intermedio, la posibilidad de determinada, si bien excepcional, noción del espacio. Trasladando este razonamiento al campo de los hechos urbanos me parece que no puede ir más allá el valor de las imágenes, como si su contorno no fuese analizable de algún modo positivo; y quizá no queda más que la afirmación pura y simple del valor de un *locus*; puesto que esta noción del lugar y del tiempo parece inexpresable racionalmente, aunque comprende una serie de valores que están fuera y más allá de los sentimientos que experimentamos al captarlos.

Me doy cuenta de la dificultad de este argumento; pero éste vuelve a aparecer en toda investigación positiva, forma parte de la experiencia. Eydoux, en sus estudios sobre la Galia, se refiere

expresamente a lugares que obligan a continuas y concretas confrontaciones e invita al análisis positivo de los lugares que parecen predestinados en la historia.²

Estos lugares son los signos concretos del espacio; y en tanto que signos están en relación con lo arbitrario y la tradición.

Pienso muchas veces en las plazas de los pintores del Renacimiento en donde el lugar de la arquitectura, la construcción humana adquiere un valor general, de lugar y de memoria, porque así fue fijado en una hora determinada; pero esta hora es también la primera y más profunda noción que tenemos de las plazas de Italia y está, por lo tanto, ligada a la misma noción de espacio que tenemos de las ciudades italianas.

Nociones de este tipo van vinculadas a nuestra cultura histórica; a nuestro vivir en paisajes contruidos, a las referencias que hacemos para con toda situación respecto a otra situación; y por lo tanto, también el reencuentro de puntos singulares, casi los más próximos a una idea del espacio tal cual nos la hemos imaginado.

Focillon habla de lugares psicológicos sin los cuales el genio de los ambientes sería opaco e incaptable. De tal modo sustituye la noción de cierto paisaje artístico por la de «arte como lugar».

[...] El paisaje gótico, o más bien el arte gótico como lugar, ha creado una Francia inédita, una humanidad francesa, tales líneas de horizonte, tales perfiles de ciudad; en suma, una poética que nace de ellos y no de la geografía o de las instituciones capetianas. Pero, ¿no es la propiedad de un ambiente la de generar sus mitos, la de conformar el pasado según sus exigencias?³

Cómo cualquiera puede ver, la sustitución de *arte gótico como lugar* por *paisaje gótico* tiene enorme importancia.

En este sentido la construcción, el monumento y la ciudad, llegan a ser lo humano por excelencia; pero en cuanto tales, están profundamente unidos al acontecimiento originario, al primer signo, a su constituirse, a su permanecer y su desarrollarse. Al arbitrio y a la tradición.

Así como los primeros hombres se formaron un clima, también se formaron un lugar, y fijaron la individualidad de éste.

Las anotaciones de los tratadistas sobre encuadramiento del paisaje referido a la pintura, la seguridad con que los romanos, al construir nuevas ciudades, repetían elementos idénticos con fiando precisamente al *locus* el valor de transfiguración, muchas otras cuestiones nos hacen intuir la importancia de estos hechos;

y al afrontar problemas de este tipo es cuando nos damos cuenta de por qué la arquitectura fuese tan importante en el mundo antiguo y en el Renacimiento.

La arquitectura «conformaba» una situación; sus mismas formas cambiaban en el cambio más general de la situación, constituían un «todo» y servían para un acontecimiento constituyéndose ellas mismas como acontecimiento; sólo así se puede entender la importancia de un obelisco, de una columna o de una lápida.

¿Quién puede ya distinguir entre el acontecimiento y el signo que lo ha fijado?

Me he preguntado varias veces, también en el curso de este ensayo, dónde empieza la individualidad de un hecho urbano; si está en su forma, en su función, en su memoria, o hasta en alguna otra cosa. Entonces podremos decir que la individualidad está en el acontecimiento y en el signo que lo ha fijado.

Pensamientos de este tipo siempre han recorrido la historia de la arquitectura. Los artistas siempre se han basado en algo originario, en un hecho que viene antes que el estilo. Burckhardt intuyó este proceso cuando escribió: «Allí en el santuario se producen los primeros pasos hacia lo sublime, ellos [los artistas] enseñan a separar el elemento casual de las formas; surgen tipos y, en fin, inicios de ideales».⁴

Así, la relación entre las formas y el elemento que está antes se vuelve a proponer como necesidad de un fundamento; entonces la arquitectura, mientras por un lado vuelve a poner en discusión todo su ámbito, sus elementos y sus ideales, por el otro tiende a identificarse con el hecho sin tener ya en cuenta aquella separación que se había producido al inicio y que le permite desarrollarse con autonomía. En este sentido se pueden interpretar las palabras de Adolf Loos: «Cuando en el bosque encontramos un túmulo largo de seis pies y ancho de tres, con forma de pirámide dada por la pala, nos volvemos serios y algo dice dentro de nosotros: "Aquí está sepultado alguien"». Esta es la arquitectura.

El túmulo largo de seis pies y ancho de tres es la arquitectura más intensa y más pura porque se identifica en el hecho; así pues, sólo en la historicidad de la arquitectura se realiza aquella separación entre el elemento originario y las formas que el mundo antiguo parece haber resuelto para siempre y del que deriva el carácter de permanencia que reconocemos en aquellas formas.

Por ello también las grandes arquitecturas se proponen la arquitectura de la Antigüedad como si la relación estuviera fijada para siempre; pero cada vez se propone con una individualidad diferente.

El pensamiento de una misma arquitectura se manifiesta en lugares diferentes; podemos, pues, derivar de un principio idéntico nuestras ciudades captando lo concreto de cada una de las experiencias.

Cuanto decía al inicio de este libro hablando del Palazzo della Ragione de Padua, por ejemplo, está quizá todo aquí; más allá de sus funciones y de su historia, pero no más allá de su ser en aquel lugar.

Entonces, para darnos cuenta de los contornos de este problema tal cual es o confina con el dominio de la arquitectura, conviene aclarar cada uno de aquellos aspectos singulares destacables, aquellas relaciones de las que podemos ver sus recíprocos límites.

Quizá podamos darnos mejor cuenta de algo de este lugar, que a veces nos parece sólo silencio, mirándolo por la otra parte, por los aspectos que penetran en él con contornos no ya racionales, desde luego, sino más familiares, más conocidos; hasta cuando continuemos captando estos contornos que después se difuminan y desaparecen.

Estos contornos van relacionados con la individualidad de los monumentos, de la ciudad, de las construcciones, y de ahí el concepto de individualidad, y sus límites, donde ésta comienza y donde ésta acaba; van relacionados con el vínculo local de la arquitectura, con el lugar de un arte.

Y, por lo tanto, los vínculos y la precisión misma del *locus* como un hecho singular determinado por el espacio y por el tiempo, por su dimensión topográfica y por su forma, por el ser sede de vicisitudes antiguas y modernas, por su memoria.

Pero estos problemas son en gran parte de naturaleza colectiva y nos obligan a detenernos brevemente en el estudio de las relaciones entre el lugar y el hombre; a ver, pues, las relaciones que hay con la ecología y la psicología.